

## NÚMERO 2. ESPECIAL LA PREGUNTA POR EL COSO



¿Ego yo?

Tierra de soledad y angustia  
de pálido silencio, radiante calma  
lo perfecto se ausenta y allí habito.  
Nada y todo, unidad con la cosa,  
eso, esto, tú,

lo humano inestimable,  
lo feo e inefable,  
lo absurdo, indecible,  
no sé, qué sé yo.  
Coso.

Mónica Colunga

Director: Francisco Tomás González Cabañas.

Maquetación y diseño: Julia Valiente.

El dibujo de portada y el poema fueron cedidos especialmente para este número por la filósofa y artista correntina Mónica Colunga.

**Número 2. En el decimoséptimo mes de los tiempos pandémicos**

# Índice

## Editorial

Epítome por el coso	7
Francisco Tomás González Cabañas	

## Cosas - Breviarios

La filosofía como forma de vida: Spinoza, Schopenhauer y Nietzsche	10
---	----

Luis Roca Jusmet

La gracia infantil del milagro en el juego heracliteo	13
--	----

Julia Valiente Garrido

Reseña acerca de <i>El Siglo del Populismo. Historia, teoría, crítica,</i> de Pierre Rosanvallon	16
---	----

Gabriel Ernesto Tolosa

El amor y sus laberintos. Una lectura lacaniana	21
--	----

Claudio Curutchet

La démocratie africanisée ou africanisation démocratique? L'Afrique toujours dans la tourmente	25
--	----

Louis Mpala Mbabula

## El Coso

Cosa, lenguaje y sentido en  
Heidegger y Wittgenstein 29

Ana de Lacalle

La ambigüedad del “COSO”  
y la “COSA”. Una realidad  
tangibile e intangible 35

José Miguel Soto

El coso de la virtualidad 40

Luis Sáez Rueda

## Anticosas - Artículos

Siglo XXI Cambalache 45

Óscar Sánchez Vadillo

Igualdad sin lágrimas.  
Justicia como copertenencia 54

Gustavo Flores Quelopana

Crisis de la democracia 67

Alberto Buela (\*)

# Angaú

NÚMERO 2. ESPECIAL LA PREGUNTA POR EL COSO

**Con el patrocinio de:**



**Centro de Estudios Sociales y Políticos  
Desiderio Sosa**

**Corrientes-Argentina**

# Epítome por el coso

Francisco Tomás González Cabañas

En torno al pensar, con respecto a tal ejercicio, conjeturando su poca práctica y su condición inasible. El masculino de la cosa (en lo innecesario de discernir género y especie en las palabras), atributo, atribulado de la cosificación en la que devenimos en el renunciamiento a nuestra subjetividad. Lo indeterminado planteado como tal ya por Anaximandro, sin principio, final, ni sentido ni ulterioridad. Abandonamos la búsqueda o la dejamos de llamar. Alcanza tan solo consignarla, designarla y sin más. La serie larga de sucesos, que no pueden amontonarse por el correlato crónico del tiempo supuesto, es en tal caso, la cosa del coso, ergo, coso. La declaración manifiesta de la no explicación, que no importa que nos haya dejado de importar que tenga una carencia de palabras que le acompañen al vibrar del sonido como expresión que irrumpe la existencia silente.

Proponemos actividades que tengan que ver con la dinámica del pensar el coso. Desde una maratón filosófica, en donde no importe quién intervenga, o sobre qué, la invitación allí dada para ejercitar con esos otros dispuestos a tal. Como no podía ser de otra manera, así en postura, perspectiva o pliegue de lo filosófico, la mayoría hizo pesar su entidad material. Que el nombre, el apellido, las opresiones disciplinares o académicas a las que decidió someterse para sacar a relucir la gradación piramidal. En el mejor de los casos los excedentes creativos, libros, artículos, estelaridades en dispositivos de difusión, que el afiche de tal tamaño y de cuál. Explicación, seducción, imploración. Para que nos pongamos a pensar, en esas contadas excepciones que nos hemos permitido, al dejar de comentar nuestras lecturas o apreciaciones acerca del pensamiento, del balbuceo de los demás, que señala que estamos siendo pensados, sin permitirnos pensar. Pudimos sacar muy poco, tal vez mucho de acuerdo al sesgo de posibilidad. Lo determinante es que más allá del tiempo y del espacio, debemos seguir intentándolo. No resulta sencillo escuchar, abrirnos sin el ropaje del ego, poner en suspenso el botón iniciar para no activar el discurso armado, preconcebido, lo que creemos tan nuestro y que con falaz firmeza, lo expresamos tratando de hegemonizar. Así en filosofía, entendiendo esta como la individualidad del pensar, del acontecer, acompañándonos con las palabras que vienen y van, en el balbuceo del uno y del nosotros, la política como terreno de lo público en donde tensa el poder, el coso no deja de ser el elemento sustancial.

Es, a la sazón, el coso (desde el trazo de Anaximandro, la interpretación heideggeriana de los principios trascendentales kantianos) el testimonio del existir pensante. En el árido desierto de lo inacabado e inexpressado de la nada, la pretensión

humana de fugar al presidio logocrático impuesto por el poema parmenídeo desde el cual no se puede pensar ni decir nada si no es algo.

Aquí estamos, poco en relación al hacerlo desde una posición que pretende escuchar, golpear el ánimo silente, provocar la risa destemplada que irrumpa ante el miedo temerario.

Hacer de la poesía, de la palabra, la posibilidad de que la nada pensada, signifique aquello que aún no está pensado ni expresado.

La pregunta por el coso tiene la respuesta ante la cosa que aún no ofrece más que galimatías insulsas que han robotizado o automatizado la experiencia de lo humano.

Pensar saliendo del individualismo, de la individuación, al encuentro gregario de lo político en la escena de lo público, de lo común, escuchando y permitiendo el intercambio, democratizándolo.

Francisco Tomás González Cabañas

Director de *Angaú*

Sentimos, desde el arbitrario alumbramiento, que funcionalmente debemos esta manifestación que llevamos a cabo (con la única intención de develar precisamente ese impulso intencional; de ordenarlo lo más sensatamente posible sin que ello signifique perder efectividad ante los múltiples destinos o destinatarios) a los que debemos advertir de convivir con la incertidumbre natural y con el imposible control que nos asola como humanos. La embarcación en la que nos encontramos, llamada humanidad, enfrenta momentos aciagos, lo que genera que la carta de navegación con la que nos veníamos manejando deje de ser confiable y utilizable. Por lo tanto, entre el oleaje bravío debemos ensayar nuevas elucubraciones que determinen las funciones dentro del barco y se consensue el viaje hacia un destino de amarre en donde podamos desembarcar sin tropezarnos y así despertarnos del sopor de la presente pesadilla que nos genera el no enfrentarnos a lo que sabemos pero no queremos ni aceptamos. Bienvenidos a bordo.

**Francisco Tomás González Cabañas** publicó su primera novela, *El Macabro Fundamento*, en el año 1999. Publica su segundo libro, *El hijo del Pecado*, en 2013. Tras su primer libro de filosofía política, *El voto compensatorio* (2015), le seguirán *El acabose democrático* (Ápeiron Ediciones, 2017), *La democracia africanizada* (2018), e *Interdicciones filosóficas, políticas y psicoanalíticas. La vulva democrática* (2020).





# La pregunta por el coso




# El coso de la virtualidad

Luis Sáez Rueda

Por mucho que nos preocupen los problemas del presente -y nos deben preocupar intensamente- jamás algo importunará y conmoverá más a un ser humano reflexivo que ese tipo de problemas a los que cabe calificar de “eternos”. Es posible, sin embargo, que ambos problemas, los del “presente” (fugaces) y los “eternos” (persistentes, insistentes) alguna vez coincidan, al menos en ciertos aspectos. Es imaginable, por ejemplo, que en las décadas que nos esperan (y en aquellas en las que ya no estaremos) refulja de nuevo el problema de la conciencia, del “yo”. Con el avance del mundo virtual, con la creación de nuevos mundos experienciables al margen del estricto mundo concreto y fáctico, con el avance de la Inteligencia Artificial y de todas las hipótesis transhumanistas que se cruzan con ella, es imaginable, sí, que vuelva la eterna pregunta “¿qué quiero decir cuando digo “yo”?”. Hay un reto que lanzaron Descartes, Kant y Husserl, al menos. No puedo tener experiencia de algo, de lo que sea, si esa experiencia no va acompañada de un acto de captación (yo, que percibo, percibo tal cosa; yo, que me hundo, vivo que me hundo; yo, que pienso esto que estoy escribiendo, sé que estoy pensando...). ¿Qué diferencia hay entre el yo de la experiencia virtual y el yo que va a la panadería en el mundo material? Este problema, sí, tendrá que surgir de nuevo. Si los que dicen, sin pensar demasiado, o sin pensar nada (más bien esto), que nuestra mente podrá ser proyectada y alojada en otro formato (en uno computacional, por ejemplo) tuviesen razón, entonces también es desplazable a otro formato este yo que siempre mira o contempla o se extraña. Es por poner un ejemplo, por supuesto. Digamos que es posible. Entonces, ¿qué demonios es ese yo? y ¿tiene alguna diferencia con el yo original, desde el cual es proyectado? Estas circunstancias imaginarias de un futuro permiten predecir que el problema del yo emergerá de nuevo con grandes bríos.

El yo parece acompañar a todas mis experiencias. En caso contrario, no podría decir que son “mis” experiencias. Ahora bien, el yo no es una “sustancia”, una “cosa ahí debajo”. Solo cabe decir que es un “acto”, un acto de aprehensión. Ahora bien, ¿qué causa tiene ese acto (de reparar, de aprehender, de captar)? Cuando yo me miro y me capto haciendo esto o lo otro, pensando aquello o cualquier cosa, no me puedo comprender como “dueño” de lo que hago en cuanto consciente. Soy consciente, sí, pero la conciencia no me pertenece. Me surge espontáneamente. O de otro modo: emerge en mí. De hecho, todo lo que estoy escribiendo es una perplejidad ante esa conciencia que viene no sé de dónde. La conciencia no es del yo, no es una propiedad suya. La conciencia es de algo que me sostiene. Es de la vida misma. Todo lo que puedo decir es que la vida es autoconsciente en mí. Yo no “tengo vida”, sino que la vida “es en mí”. Del mismo modo, la “conciencia” es en mí. Soy sujeto pasivo de mí mismo. Pero, entonces, ¿qué soy, qué demonios es este

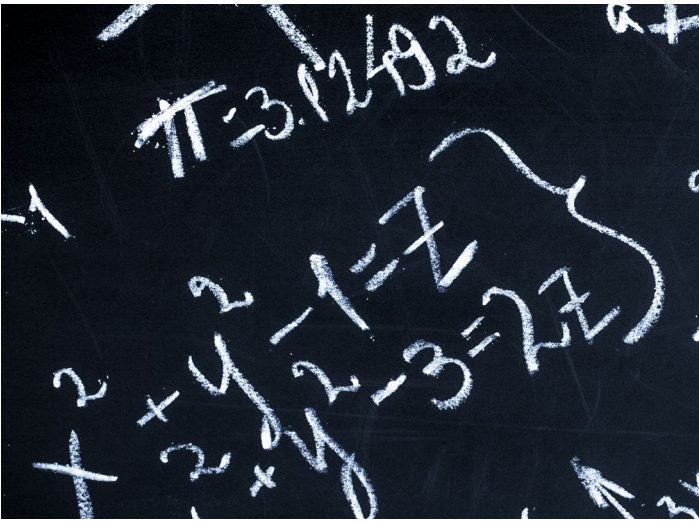


yo que no deja de acompañarme jamás y que repara incluso en que su conciencia es pasiva? Incluso en la fase más aguda del alzheimer, compruebo, se mantiene esta autoconciencia, este puro acto por el cual la vida se vuelve hacia sí misma y genera un espacio de interioridad. Se ve en los ojos del enfermo, en sus ademanes, en un simple gesto. ¿Qué es esta interioridad, incluso ahí donde la memoria está prácticamente defenestrada?

Podría seguir con esta “disquisición”. Pero ya se ve que no parece acotable en un espacio como este. Más aun: el problema no es de los que se resuelven en un año, o en siete. Son de los que amenazan con permanecer irresueltos durante toda una vida. Todavía más: es un problema que surca generaciones, una tras otra, que atraviesa siglos y del cual no sabemos si habrá un resultado final. En suma, y para quien se demore más allá de lo inmediato, este problema se resiste a ser tratado como “presente” y se muestra “eterno”. No es que el presente le sea indiferente a los problemas eternos. Resulta que los problemas eternos subsisten en el presente, insisten en su fondo, como enigmas que están situados en un tiempo y un espacio y, al mismo tiempo, son independientes del tiempo y del espacio.

Este tipo de problemas es el más profundamente filosófico. De donde se sigue que las preguntas de la filosofía son y no son preguntas para el presente. Hay, en el presente de un ser humano, cuestiones eternas. Apuremos: hay en cada presente una eternidad. Somos hijos del tiempo, seres rotundamente mortales y finitos, fugaces, inmersos en la caducidad inexorable, y, sin embargo, tocamos lo eterno en tan estrecha existencia. Hijos de lo efímero y de lo intemporal al unísono, de lo que declina y de lo indeclinable, de lo finito y lo infinito.

Pues bien, una vida tan limitada y precaria como la nuestra se yergue y queda redimida si “toca” lo imperecedero que la atraviesa. Y se puede decir que todo sentimiento de declive, de amargura, de desesperación, empieza a diluirse tan pronto aparece a la experiencia lo eterno que en él subsiste. Pues una angustia es presente, pero acoge un problema inmortal.



¿No estará nuestro tiempo excesivamente sumido en sí mismo? ¿No se habrá evaporado respecto a un mar abisal que lo subtiende? Si todos y cada uno de nosotros somos un problema en movimiento, una problematicidad para nosotros mismos, ¿no estaremos vagando por encima de una problematicidad que no caduca y es intemporal? Puesto que todo es sueño, decía Segismundo en la obra de Calderón,

“acudamos a lo eterno”. ¿A qué eternidad acude nuestro presente? Y si fuese que a ninguna, ¿no estaría arrebatándole a todos los problemas presentes su grandeza, esa que se experimenta cuando la “X” o el “problema” en cuestión destellan como un fondo sin fondo?

La filosofía no puede ser desalojada de la vida cotidiana. Está durmiendo en cada ser humano, en cada una de sus agonías o de sus elevaciones. Uno sabe, inmediatamente, al ver a otro ser humano, si vive exclusivamente en lo fugaz e inmediato o si está tocado por lo eterno. Hay, en el segundo caso, un destello de vida que sabe a inmortalidad. Hay en él una oscuridad productiva, un agente silencioso e innombrable del que nos percatamos. Hay, como decía Hegel en un pasaje memorable, una noche en sus ojos. Tal vez sea esa noche la que más vincula a los seres humanos, esa oscuridad que envuelve a un misterio o a un jeroglífico interno. Y tal vez sea eso la parte de poesía que no cederá jamás al discurso. Que no haya un día sin un asombro, sin una perplejidad. Que no haya un año en la propia vida sin un enigma que lo aceche. Pues no hay más sombra y más infierno que la ausencia de extrañamiento. Somos muy poca cosa, sí, ¡pero qué grandes cosas podemos albergar!

